

FRANCISCO TARIO. *Una violeta de más*. México. Joaquín Mortíz, Editores, 1969.

Aun cuando en cierta ocasión Miguel de Unamuno, con inexplicable ligereza, concedió primacía a los críticos y ensayistas sobre los autores de ficciones latino-americanas, podemos afirmar que los desmanes de una gran imaginación prevalecen en más de un escritor nuestro, en la historia de la literatura de América Latina. Para desmentir a don Miguel bastaría citar a un autor de fantasía impulsiva y desbordante, que por lo demás fue casi estrictamente contemporáneo suyo: el peruano Clemente Palma (1872-1946), hijo de don Ricardo, el célebre autor de las *Tradiciones peruanas*. Sus *Cuentos malévolos* datan de 1896 aunque sólo aparecen en volumen en 1904. Clemente Palma allí ofrece una feliz amalgama de argumentos esotéricos, de conceptos sutiles y de un estilo que a veces presenta llamaradas deslumbradoras de atrevidas metáforas.

No transcurre gran tiempo sin que otras voces se dejen oír: Macedonio Fernández, Pablo Palacio, Rafael Arévalo Martínez, y en época más reciente, Jorge Luis Borges, Bioy Casares, Julio Cortázar.

En el México contemporáneo esta tendencia adquiere anchura y agilidad en la obra de Francisco Tario y de Juan José Arreola, en cierta forma seguidores de José María Roa Bárcena (1827-1908). Analicemos brevemente la primera, o con más propiedad, *Una violeta de más*, el reciente libro de Tario.

En "El Mico", primer cuento del volumen, la soledad de un irreprochable caballero es turbada por la aparición —salida de las aguas como una venus desleída y diminuta— de un niño en una tibia noche de otoño. Una leyenda en una casa de orates (durante decenios la sombra azul canario de un ciclista cruza un jardín solitario) es tema de "La vuelta a Francia", donde el tiempo cíclico aparece diseñado con nitidez.

Aunque unas veces se pierde en nimias consideraciones sobre problemas conyugales, y otras salte a una disquisición absurda o un simil extravagante, en "Ortodoncia" prevalece el humor vivo y eficaz. Más adelante, Tario ensaya el cuento policíaco en que también asoma el oportuno toque de humor: "Asesinato en Do sostenido Mayor".

El cuento que cierra el volumen, "Entre tus dedos helados", da apreciable indicio de las predilecciones del autor. Un sueño obsesivo encubre —o mejor, desvela— un amor incestuoso. Tario conduce al lector a un plano de irrealidad inexplorado y frondoso manejando discreta y venturosamente los símbolos que corresponden a esta lastimosa verdad. Cuento de argumentación alucinante y persuasiva en que el depurado gusto y la habilidad acrobática de las imágenes son las dotes que más brillan.

Algo, sin embargo, conspira contra la esbeltez de este libro: la prosa abundosa, en extremo recargada de palabras inútiles, lo más alejada de la concisión descarnada de un Borges o un Arreola. Examinemos un párrafo, tomado al azar:

"Nos bastó con ver entrar a mi padre para que todos nos diésemos cuenta al instante de que tampoco aquella nueva dentadura que ensayaba hoy era la adecuada".

Quizá debió decir:

"Bastó ver a mi padre para advertir que tampoco aquella dentadura que ensayaba hoy era la adecuada".

Bien puede afirmarse que, por desgracia, esto ocurre con bastante frecuencia, y que en punto del estilo Tario no lleva gran ventaja a los demás escritores del género fantástico. Pero pongamos énfasis en sus excelencias, que son muchas: el autor sabe tocar con maestría los resortes que conducen al deslumbramiento: la fantasía, el esoterismo, la imaginación en suma. Y aun en aquellos cuentos más cercanos al humor y a la ternura para los desvalidos, no se pierden de vista estas características.

En la obra de Francisco Tario no hallamos la estudiada exquisitez de Arreola, ni la dialéctica abstrusa de Clemente Palma, ni el candor amable y terrorífico de Roa Bárcena, pero la sagacidad natural del autor, honda y concentrada, le confiere caracteres distintivos y notables. Los necesarios para, una vez más, poner en entredicho cualquier unamuneco pesimismo.

MANUEL MEJÍA VALERA

*Comunidad Latinoamericana
de Escritores, México.*

JUAN GONZALO ROSE. *Hallazgos y extravíos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.

Juan Gonzalo Rose va sin dificultad de la ternura a la gravedad religiosa, de la suave remembranza a la osadía y la proclama. En *Hallazgos y extravíos* prevalece un optimismo místico aun en aquellos poemas en que más parecen triunfar la protesta y la desesperanza. "Si lo dudan interroguen a mi alma", "aún hermosamente tu corazón brillaba: fray hombre, fray hermano, fray amigo", "gracias te doy, obispo de dulzura", "¡Ah miliciano del amor cristiano!", son exclamaciones que aparecen asociadas a otras de clara referencia guerrillera o pagana, a lo largo de su obra poética.

Si desde una óptica estrictamente ideológica este sincretismo resulta desconcertante y limitado, desde el ángulo poético —justamente por la incorporación de elementos disímiles y hasta contrapuestos— desborda el monótono cuadro de la llamada poesía de protesta social. Rica y trascendente, la obra de Juan Gonzalo contrasta afortunadamente con la aventurera y errabunda de tantos imitadores de Miguel Hernández, Vallejo o Neruda, cuya monotonía en el Perú llegó a ser exasperante.

Optimismo místico. En la primera parte de *Hallazgos y extravíos*, el autor diseña con nitidez y precisión notables una especie de religiosidad contenida o tempestad sagrada que sacuden provechosamente al lector, sea éste un militante revolucionario o un simple transeúnte de las letras. Pero importa destacar que la